



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XVII.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 8 de Noviembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

Á las golondrinas, por D.^a María G. Galan y Godoy.—Al Guadalquivir, poesía, por D. Juan Carabantes.—¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Llanto de amor, poesía, por D. Emilio Serrano García.—Un presentimiento, novela.—Seccion infantil, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

Á LAS GOLONDRINAS.

Al primer suspiro de la primavera, cuando la naturaleza, sacudiendo el pesado letargo del invierno aparecia radiante de fecundidad y de hermosura, tendiendo el vuelo por la inmensa llanura de las olas, llegásteis bajo el brillante cielo de España.

Sus feraces campos os brindaron sustento, sombra sus bosques y el techo de nuestros hogares cobijó tambien vuestro nido.

Todo respiraba entonces belleza y armonia, pero cediendo á una invariable ley, con el rápido curso del tiempo, todo cambió de aspecto.

Las flores cayeron marchitas, perdieron

montes y valles su alfombra de verdura y las serenas noches del estío pasaron con el misterioso encanto que las preside. Espesas y cenicientas nubes empañan el claro azul del cielo, y tibio el sol envolviéndose en ellas, niega á la tierra el calor de su llama y el brillo de su luz. El aire que meciendo las ramas ó rizando las aguas alzaba entre sus alas rumores incomprensibles, se agita con más violento empuje y parece traer á los oidos acentos de tristeza y de amargura.

Y al perder la naturaleza sus encantos, tornándose sombría y triste, vosotras os alejais huyendo del rigor de las tempestades, como se alejan las ilusiones de un corazon que huela el desengaño. Formándoos en bandadas os aprestais á cruzar nuevamente el mar, dejando abandonado el nido de vuestros amores. Envueltas en la bruma llegareis á otras playas más ardientes, el sol de los desiertos os prestará la luz y el calor de sus rayos, y el canto que entonábais en mis rejas al despuntar el dia irá á arrullar el sueño de las hijas del Profeta.

Tal vez al posaros sobre las altas almenas de sus torres, despertéis en la memoria

del guerrero africano el recuerdo querido de sus pasadas glorias. Acaso entre el leve rumor de vuestras alas escuchéis los gemidos del genio protector de los sepulcros que guardan las cenizas de sus antepasados.

Las candidas y hermosas doncellas que ocultas entre flores miran al cielo como aves prisioneras en sus jaulas, cuando al morir la tarde lleguéis á cantar sobre las palmas de sus jardines, os contarán sus amores y las secretas amarguras de su corazón.

¡Ah! entonces vosotras, que más felices que ellas cruzáis libremente por la región vacía, decidles que otras mujeres que no son las huries prometidas, otras mujeres semejantes á ellas y que habitan el mismo mundo que ellas habitan, viven libres y escudadas por una ley santa y divina, ley de amor y de paz, que desata y rompe las pesadas cadenas de la esclavitud.

Decidles que sobre ese cielo, al que alcanzan sus melancólicas miradas, hay una Virgen Inmaculada y Pura que vela incesantemente por los que acogidos á su amparo la aclaman auxilio de los cristianos, consuelo de los afligidos.

Decidles, en fin, que regeneradas por la sangre de un Dios Hombre, elevadas á la dignidad de cristianas, y enseñadas con las máximas del Evangelio, la más humilde pastora de nuestras montañas es más libre, mas grande, que la sultana más poderosa de sus vastos imperios.

¡Oh! sí, llevad en vuestro vuelo los ecos que mi alma quisiera repetir en los oídos de esa desventurada raza, que sumida en el error desconoce la infalible verdad de vuestras creencias. Sed como lo sois de la primavera mensajeras felices de mi fe; y al perderos en la inmensidad del espacio, escuchad el triste adiós con que os despide la que os mira partir como el último destello de una esperanza que se desvanece.

Maria G. Galan y Godoy.

AL GUADALQUIVIR.

Cual van tus ondas, ¡oh río!
siempre corriendo á la mar,
así también de mi alma
las penas creciendo van;
¡siempre creciendo! que el cielo
para consolar mi mal,
dióme tan solo esperanzas
y lágrimas que llorar!

Por eso al mirar tus ondas
turbias correr sin parar,
hallo consuelo en su curso,
porque diciéndome están:
«Nuestras vidas son los ríos,
que van á dar á la mar.»

Juan Carabantes.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuación).

Era cierto que había visto á Ricardo junto á Fanni, que sabía que aquella noche la pasaría también á su lado; pero hasta entonces no tenía un motivo serio de alarma ni una sombra de queja con él.

Todo se reducía, pues, á un temor exagerado, á un presentimiento para el porvenir. Pero, ¡era Elena tan niña, amaba con tal extremo á Ricardo, cifraba de tal modo su vida en él, que bien podía perdonársela aquella inquietud aquella agitación inmotivada!

Apenas acabó de vestirse, sonó la campanilla y Carlos se presentó diciendo al dirigirse á D. Martín:

—Ya estoy de vuelta, he tomado un palco segundo donde los tres podemos estar.

—Gracias, hijo mío, contestó el anciano.

—Gracias, Carlos; exclamó también Elena mirando al que llamaba hermano con una expresión indefinible.

—Pues ya es hora, vamos, dijo el joven tomando su sombrero y saliendo al par que la joven y D. Martín.

—¡Al fin le veré! pensaba esta al bajar rápidamente la escalera.

—¡Qué tendrá esta noche Elena! murmuraba Carlos á la par.

X.

Una concurrencia numerosa llenaba el elegante salón del teatro Real.

Era noche de estreno y había gran animación y entusiasmo entre los aficionados al divino arte de la música.

La orquesta había tocado ya una de las mejores sinfonías de Donizetti, y la cortina del palco escénico debía descender en breve.

Todas las localidades estaban ocupadas; multitud de jóvenes cubiertas de flores, de gasas y pedrería, lucían por todas partes su belleza y sus atractivos.

En uno de los palcos segundos se hallaban Elena, Carlos y D. Martín.

La joven, deslumbrada por un instante con tanta riqueza, tanta armonía y tanta luz, había olvidado el móvil que la había conducido hasta allí, y miraba el brillante cuadro que se ofrecía á su vista con el afán y el entusiasmo de la primera juventud.

Sus ojos animados y brillantes dirigian doquiera miradas llenas de asombro, en que se retrataba la más cándida admiración.

Cárlos la contemplaba con melancólica alegría.

Toda la felicidad, toda la dicha de aquel corazón noble y resignado se cifraba en ver brillar un instante de gozo sobre la frente cándida de Elena.

Él la amaba con delirio, con frenesí, con una ternura tan inmensa y tan infinita como raras veces puede comprender el alma de un hombre, pero en aquel amor tan puro, tan intenso, había para él más dolores que alegrías, más tormentos que esperanzas.

Y sin embargo, misterios incomprensibles del corazón! la más ligera sonrisa de Elena, su más sencilla palabra de afecto, le hacian estremecer, y despertaban en su mente sueños é ilusiones que él mismo no se podía explicar.

Aquella noche, por ejemplo, al ver á la joven animada y gozosa, sin que precediera para ello como otras veces la presencia de Ricardo, Cárlos se había engañado por un instante, y por un instante tambien se preguntaba estremecido si aquella pasión que él creía eterna y única no seria un capricho pasajero, un amor de niña, que otro amor más grande y más cierto podría borrar y destruir con el tiempo.

La representación se había empezado ya.

Las primeras notas de la conmovedora y sentida música de Verdi llenaban todo el espacio.

Cien y cien espectadores escuchaban con religioso silencio aquella sublime armonía llena de pasión, de sentimiento y de vida, y Elena misma, tan impresionable y tan entusiasta por la música, no tenia pensamiento ni idea que no estuviese fija en la escena.

De pronto el ruido de un picaporte que se alzaba produjo en ella una impresión desagradable, y la obligó á volver los ojos al sitio de donde el ruido había partido.

Era en un palco principal situado frente por frente del suyo, y en el que Fanni, acompañada de su padre y de Ricardo, acababa de penetrar.

Elena palideció densamente.

Todo se oscureció ante sus ojos, y en sus oídos desde aquel momento sonó la música como un rumor sordo y cansado que la aturdió sin distraerla.

Cárlos tambien había dirigido su mirada en la misma dirección que Elena, y tambien reconoció á Dervil, comprendiendo al fin la verdad y el motivo que había impulsado á la joven á desear hallarse en aquel sitio.

— ¡Pobre niña! pensó con amargura: está celosa y sus celos la han traído aquí! Cuánto va á sufrir esta noche, que yo esperaba verla feliz!

D. Martin no reparó las diferentes emociones que agitaban á los dos jóvenes que tenia junto á sí.

Fanni ocupó su puesto sin sospechar tampoco la tormenta que su presencia había levantado en el alma de la pobre huérfana.

Estaba bella, muy bella, y Elena no pudo menos de comprenderlo así.

Además, en sus modales, en sus menores ademanes había tanta distinción, tan exquisita elegancia, que revelaban desde luego lo esmerado y brillante de su educación.

Elena se comparó en su interior con ella. Miró su modesto atavío y las ricas galas de la hija del banquero; su negro traje y el traje magnífico de Fanni, y en aquel parangón rápido y doloroso se encontró muy inferior á la que juzgaba su rival.

— Ella se asemeja á un rayo de luz azul y brillante: yo á una sombra oscura y opaca; qué extraño es que él se aleje de mí, deslumbrado por su espléndida belleza?

Ricardo, entre tanto, cediendo á esas costumbres de sociedad que imponen á todo joven la galantería y la deferencia con las damas como un deber imprescindible, prodigaba á Fanni las más delicadas atenciones que la niña recibía con un gozo que en vano intentaba ocultar.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LLANTO DE AMOR.

Llora la pobre María
porque su amante se aleja,
y sola y triste la deja
entre dolor y agonía.

Llora junto á la cabaña
donde mecieron su cuna,
al resplandor de la luna
que parda nube hoy empaña.

Y sus hechiceros ojos
se convierten en raudal
de transparente cristal;
que baña sus labios rojos.

Y la pobre, triste llora;
 porque cuando nazca el día,
 sola se queda María...
 y está rayando la aurora!

.....

Ya esmalta el sol la campiña,
 y corren brisas suaves,
 cantan alegres las aves
 y da suspiros la niña.

Pone su esperanza en Dios
 para recobrar la calma,
 y los suspiros del alma,
 de su amante van en pos.

No le escucha en el pensil
 cantando trovas de amor;
 ¡el cayado del pastor
 se ha transformado en fusil!

¡Ya no le ve en la montaña
 de sus ovejas cercado,
 porque el pastor ya es soldado
 del ejército de España!

¡Ya no le miran sus ojos
 ni le queda más consuelo,
 que, dirigiéndose al cielo,
 decir postrada de hinojos!

¡Santa Madre!
 cual las flores
 mis amores
 puros son;

No desoigas
 un instante
 de una amante
 la oración.

Yo te adoro,
 Virgen Pura;
 tu hermosura
 es sin rival;

Eres Madre
 de Dios Hombre,
 y tu nombre
 es inmortal.

Son tu trono
 régias nubes
 y querubes
 en redor;
 Protegiendo

en las alturas
 las criaturas
 con amor.

En tí pongo
 mi esperanza,
 de bonanza
 dame luz;
 Por la peña
 que pasaras
 en las aras
 de la Cruz.

Mira, ¡oh! Santa
 Virgen Pura
 mi amargura,
 mi dolor;
 Y el consuelo
 de mi llanto
 será el manto
 de tu amor.

Emilio Serrano García.

(Murcia.)

UN PRESENTIMIENTO.

—¿Segun eso, dijo Enrique interrumpiendo una conversacion que teníamos empezada, no crees en la Providencia, y opinas que la fatalidad es la que rige y gobierna el mundo?

—Entendámonos, le dije; creo en la Providencia general, en aquella de que emana eternamente la ley que arregla todas las cosas; y para negar esto seria preciso estar ciego ó loco; la naturaleza entera la revela y proclama; pero lo confieso, no creo que una Providencia particular se incomode por nosotros

Dios, que vela por la conservacion de las especies, no debe cuidarse de los individuos, y es en mi concepto necia manía hacerle intervenir á cada paso en nuestras más insignificantes operaciones.

—Escúchame, replicó Enrique, ¿qué pensarías de un rey que despues de haber promulgado las leyes de su reino, viviera con los brazos cruzados en el fondo de su palacio? ¿Te parecería menos grande porque extendiera su solicitud hasta el menor de sus súbditos? En la noche oscura y sobre el mármol negro, Dios ve á la hormiga negra, y esto me parece más conforme con la grandeza del Ser Supremo que los sistemas que le representan inmóvil é indiferente en su gloria.

—Por esa cuenta, le pregunté sonriendo, ¿crees en el papel activo de la Providencia, en el destino de cada uno de nosotros?

—¿Y por qué no? replicó Enrique. Si relegas á la Divinidad á las alturas inaccesibles, si no puedo bendecirla en mi alegría ni implorarla en mis tribulaciones, si en caso de apuro no puedo implorar nada de ella, ni aun la ramita de yerba que la paloma arroja á la hormiga que se ahoga, ¿qué sería de mí en el mundo? Débil caña que piensa, necesito de un apoyo, necesito un Dios protector. Creo como tú en las leyes inmutables de la creacion. No creo que la Providencia se digne cambiar por nosotros la economía del mundo y manifestarse á todas horas, ni que debamos invocar neciamente su intervencion, como hacen algunas viejas por su gato ó su canario; pero digo que hay circunstancias en las que no podríamos sin ingratitud dejar de reconocerla y proclamarla. Todo hombre tiene en su vida, á lo menos una página, á cuyo pié se halla el nombre de Dios escrito con caracteres brillantes. Mira, añadió deteniéndose en una de las hermosas alamedas que baña el Guadalquivir en Sevilla, por donde á la sazón caminábamos los dos: en vez de discutir, como lo hacemos hace dos horas, sobre cuestiones donde todo es tinieblas é incertidumbre, cuando no se penetra en ellas con la antorcha de la fe, ¿quieres que te cuente una historia?

Nos sentamos á la orilla del paseo, sobre el musgo que alfombraba el pié de una encina, y Enrique habló en estos términos, despues de haberse recogido un momento.

I.

El conde del Verde-Soto es amigo mio; tan vieja como nosotros, nuestra amistad no ha envejecido un solo dia. Nacimos casi al mismo tiempo y crecimos juntos. Nuestras casas están contiguas la una á la otra, y desde aquí podrás ver las torrecillas de su palacio y las sombras de su parque. Si, como creo, pasas algunos dias en mi compañía, le conocerás indudablemente. Si le hubieras tratado hace diez años, sabrías que puede hallarse en este mundo la felicidad. Joven y buen mozo, dueño absoluto de un rico patrimonio, casó con la señorita de C., que se hallaba tambien en todo el brillo de la hermosura y de la juventud. Su enlace daba un mentís formal al moralista que pretende que no hay matrimonios felices. Vivian en su tierra haciendo todo el bien que podian á sus colonos y á cuantos imploraban su proteccion, y no sospechaban siquiera que pudiera haber debajo del cielo otras alegrías que las que ellos gustaban á la sombra de sus bosques. Cualquiera habria dicho que habia

nacido el uno para el otro, frase que explica sencillamente la conformidad de sus inclinaciones y la armonía de sus sentimientos. Se asegura que el encanto de la intimidad nace de la oposicion de los caracteres; yo no lo creo, á no ser que el encanto de la intimidad consista en estar disputando desde la mañana hasta la noche. Aunque tuviesen siempre una misma opinion sobre todas las cosas, eran el uno para el otro un mundo siempre encantador. Habia, sin embargo, un punto muy grave sobre el cual nunca estaban de acuerdo. El conde era en filosofía de la escuela de los indiferentes. Negaba como tú la Providencia, se burlaba de las gentes que tienen la debilidad de creer en ella, y opinaba que Dios habia hecho bastante por nosotros al crear el orden admirable que se ve en el universo, y que en todas ocasiones debia el hombre contar consigo mismo. La condesa era tan buena cristiana como hermosa, y naturalmente debia afligirla más de lo que podia imaginarse una filosofía tan contraria á sus creencias y á sus intentos; pero esperaba triunfar de ella á la larga, y por otra parte las discusiones metafísicas no ocupaban demasiado lugar en la vida del joven matrimonio, para que se turbaran profundamente la paz y la dicha que disfrutaba. Nada faltaba á su felicidad; á los diez y ocho meses de estar casados tuvieron un hijo ó más bien un ángel. No puedo explicar hasta dónde llegaba su locura y su embriaguez; hubiera sido preciso verlos inclinados sobre la cuna de su hijo.

Una tarde de otoño estaba yo sentado al lado de la condesa, á la puerta de su magnífica casa de campo, y á muy pocos pasos de nosotros jugaba el conde con su hijo sobre la verde alfombra del prado; era un niño hermosísimo, abierto como una flor, y que prometia parecerse enteramente á su padre. Esta semejanza, notable ya, exaltaba á la vez en la joven condesa el amor de la madre y la ternura de la esposa. Risueña y recogida contemplaba en silencio el cuadro delicioso que tenia á la vista; pero de pronto desaparece la serenidad de su frente, y vi brillar en sus párpados una lágrima.

—¡Llora V.! exclamé cogiéndole la mano, ¿qué tiene V.?

—Soy demasiado feliz, dijo, hay momentos en que mi felicidad me abrumba y me espanta. Si es cierto, como nos aseguran, que no hay felicidad duradera en este mundo, y que toda alegría se paga ó se expía, ¿á qué pruebas estoy condenada?

Yo procuré tranquilizarla y enumeré cuanto

debía reanimar su confianza. Su hijo estaba bueno, su marido casi tan joven como ella y su fortuna sólidamente asegurada.

—¿Qué puede V. temer? añadió; el rayo no estalla en un cielo sin nubes.

—Es verdad, estoy loca, replicó con aire distraído; pero ¿qué quiere V.? esto es más fuerte que yo; hay instantes en que tengo miedo.

Aquella tarde, contra su costumbre, estaba inquieta, nerviosa y agitada. Se levantó, corrió hacia su hijo y le besó reiteradas veces, diciendo con voz conmovida: —¿No estás enfermo? ¿No sientes nada? El niño estaba colorado y fresco como un ramo cogido en el rocío de mayo. El tiempo amenazaba, vivos relámpagos cruzaban el horizonte, y atribuí aquel estado de sobrescitación á la influencia de la atmósfera y no me alarmé. Como recordase yo al conde que al día siguiente teníamos que asistir á una partida de caza, á la que debían concurrir muchos de nuestros amigos, su esposa se puso pálida y le suplicó que no fuera, súplica que no era la primera vez que le dirigía, porque las armas de fuego le habían inspirado siempre un horror instintivo; así es que jamás salía á cazar su marido sin que sintiera ella oprimírsele el corazón. Aquella vez empleó en sus ruegos una insistencia muy particular. Su organización delicada se estremecía con el presentimiento de una espantosa desgracia. Después de haber comenzado el conde por reírse de las aprensiones de su esposa, cedió al fin de buen grado, y para tranquilizarla del todo, prometió generosamente que no cazaría en lo sucesivo. Ella se abrazó á su cuello, le dió gracias con efusión, y estuvo alegre el resto de la tarde.

II.

Con efecto, al día siguiente el conde faltó á la cita. La caza fué venturosa y acabó sin contratiempo alguno. Habíamos convenido en comer en mi casa al regreso de nuestra expedición. En el momento de sentarnos á la mesa vimos aparecer al conde acompañado de su hijo que traía de la mano. Durábale todavía la embriaguez de la paternidad, y se complacía en llevarle á todas partes consigo. Carlos fué recibido con todos los honores debidos á su edad, á su gentileza y á su hermosura verdaderamente maravillosa. Á la gracia y elegancia de las razas aristocráticas, unía la fuerza y la espontaneidad de los niños sanos y vigorosos que se desarrollan al aire libre. Enablóse desde luego porfiada competencia entre los

concurrentes sobre quien había de acariciarle y festejarle más, disputándose todos sus caricias y sus besos. La joven condesa le había adornado con esa coquetería, cuyo secreto poseen solamente las madres. Yo veo todavía sus cabellos rubios, sus piernas desnudas, su cuello de nieve y sus grandes ojos, abiertos en el vivo azul de un cielo de primavera. Hubiérase dicho que había sido destacado de una viñeta inglesa, ó más bien, de un lienzo de Hamon. Tomó asiento en medio de nosotros, y fué la alegría del festín.

Concluida la comida pasamos al terrado, donde nos divertimos en tirar á los martinets que volaban por el aire azul de la tarde. Carlos, á fuer de valiente, palmoteaba á cada tiro y corría al punto para recoger el pájaro que no caía jamás. Avergonzado de nuestra torpeza, el conde, que hasta entonces se había contentado con mirarnos, vino á mí y me pidió la escopeta. Yo le recordé sonriéndome la promesa que había hecho el día anterior á su esposa, y respondió que le estaba permitida la caza de gorriones.

—¡Papá va á tirar, exclamó el niño orgulloso y contento, ¡papá va á matar todos los pájaros!

Á estas palabras siguió el más profundo silencio. El conde, inclinada el arma y puesto el dedo en el gatillo, observaba el vuelo de las golondrinas y acechaba el momento propicio. Dispersados nosotros aquí y allí, como cazadores en descanso, esperábamos humildes mente la lección que iba á darnos. Á pocos pasos de él, estaba el niño de pié, inmóvil y pálido de emoción. Los martinets asustados habían tomado el partido de alejarse. Al fin vino uno que después de haber trazado graciosos giros, se cernió un instante encima de nuestras cabezas. El conde, que le seguía con la vista, levantó de pronto la escopeta, salió el tiro y cayó su hijo Carlos.

Lo que pasó entonces en el espanto de la primera hora fué una escena imposible de describir. El niño yacía tendido sobre el césped con el pecho abierto y ensangrentado. Había recibido toda la carga de plomo en el corazón; el rayo no hubiera sido más pronto ni más terrible. Con los cabellos erizados, los ojos secos y azorados, la frente lívida y empapada en sudor, forcejeaba y se agitaba el desgraciado conde en medio de sus amigos que se echaron inmediatamente sobre él para impedirle que se matase. Aquello no era ya desesperación, sino frenesí y delirio. Yo mismo sentía un vértigo espantoso y corría por todas partes como un insensato. En fin, cogí en mis brazos el

cuerpo de la pobre criatura, que parecia dormir con la cabeza inclinada sobre mi seno; la llevé á mi cuarto y la posé suavemente sobre mi lecho como si temiera despertarla. Cuando volví al lado del conde acababa de perder el conocimiento, y aprovechando nosotros su desmayo para arrancarle de aquel lugar de desolacion, lo metimos en el coche del marqués de B... que lo llevó á su casa, á pocas leguas de allí. Yo habia confiado á mis amigos el cuidado de velar por el infortunado, porque me habia reservado una tarea más dura y penosa. Extrañando que no volviera su hijo, la madre podia llegar de un momento á otro. Llamé en mi auxilio todas mis fuerzas y toda mi razon, me armé de valor y me dirigí al palacio del conde del Verde-Soto.

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

FLORES DEL CIELO.

SAGRARIO Y ALTAR.

Mostraba el sol sus postreros reflejos en el cielo, dorando con sus trémulos resplandores los suntuosos monumentos de la antigua Roma.

Era el año 303, y la ciudad donde el Vicario de Cristo habia de asentar su eterna silla, se hallaba envuelta aun entre las sombras del paganismo.

La luz del Evangelio, empero, ardia pura, inextinguible y santa en el confin de los cielos, y empezaba á difundir sus divinos rayos ya en las oscuras é impenetrables Catacumbas, ya en el alto Capitolio, y al lado mismo de los tiranos Césares.

El calor habia disminuido notablemente, y las brisas de la tarde, saturadas de los dulces perfumes que se escapaban de las mil flores y los mil arbustos de los jardines de Salustio, acariciaban dulcemente el rostro de los nobles patricios que se dirigian tranquilamente á las famosas Termas de Diocleciano, situadas en un extremo del Quirinal.

Muy cerca de allí, pero en un solitario callejon apartado y sombrío, se halla una casa de pobrísima apariencia, donde en aquel instante se albergan la desgracia y el dolor.

Es la morada de una triste viuda llamada Claudia, cuyas sienes acababa de rozar la muerte con su frio soplo.

Mas en su semblante, pálido y desfigurado por una lenta agonía, solo se ven las huellas de una paz dulce y pura y de una santa resignacion; y es que Claudia es cristiana, y las divinas creencias que alientan en su alma, iluminan con la luz de la esperanza y del amor la sombría oscuridad de su entreabierta tumba.

Ha vivido pura y santamente, y la muerte seria para ella un día de gloria, si un sentimiento amoroso no llenara de amargura su corazon.

Un hermoso niño de diez años, blanco y sonrosado como la aurora de un sereno dia, y rubio como las espigas en el estío, se halla á los piés de su humilde lecho, fijos en ella los azules y melancólicos ojos.

—Pobre y triste hijo mio, exclamó la moribunda con débil voz; yo en breve volaré á las regiones eternas y podré ver cara á cara al Supremo Hacedor, libre del espeso velo que pone ante nuestros ojos la frágil é impura materia humana; pero tú, Tarcisio, te quedarás en este valle de llanto, solo y sin la tierna madre que tanto te ama!

Alzó el niño su mirada, húmeda en llanto, y respondió, conteniendo apenas los suspiros:

—Tranquilízate, madre mia; Dios tendrá piedad de este pobre huérfano, y te conservará á mi ternura: y si acaso... añadió con voz más apagada, y si acaso es su voluntad que nos separemos, Aquel que da á los insectos sustento y abrigado nido á las avecillas, no desamparará al débil niño que ha aprendido á bendecirle y amarle en tu piadoso y amante seno.

Claudia atrajo hácia sí la cabeza de su hijo y depositó en su frente un largo y afanoso beso.

Despues, todo quedó en silencio: la moribunda no podia ya hablar; agonizaba lentamente mientras Tarcisio oraba con ardoroso fervor.

De pronto, una convulsion terrible agitó el cuerpo de aquella mujer. ¡La muerte posaba su helada mano en su corazon, y aquel contacto la estremecia!

El niño, que notó aquel movimiento, se levantó aterrado, pero no pudiendo resistir á su emocion, cayó de rodillas junto á aquel lecho.

Claudia, con los ojos empañados y helado el trémulo labio, hizo un supremo esfuerzo, y tendiendo su enflaquecida mano, la apoyó sobre la inclinada cabeza de su hijo, murmurando con el acento del alma:

—Hijo, hijo mio, yo te bendigo! muere mil veces antes que abandonar la ley del Dios á quien te confío al espirar!

La voz de Claudia se apagó.

Aquellas palabras eran el último grito de un espíritu que rompía su cárcel; la aspiración postrera de un alma que subía al cielo: el á Dios supremo de una madre cristiana al hijo de sus entrañas: eran el cumplimiento del último deber: el término de la sublime misión que había cumplido en este mundo!

Tarcisio sintió el frío de aquella mano que pesaba como de plomo sobre sus rubios cabellos; prestó atento oído y no percibió el anhelante aspirar que antes agitaba el pecho de su madre: dió un grito, la llamó con afán, pero el labio de Claudia estaba mudo, el latido de su corazón se había apagado para siempre y la diestra con que acababa de bendecirle era la helada mano de un cadáver.

El niño se levantó, exhaló un doliente gemido, y derramando un raudal de lágrimas, murmuró tendiendo una angustiosa mirada en derredor:

—Solo! solo con Dios!

—¡Él me envía en tu ayuda, hijo mío! murmuró una voz triste al par que dulce á la espalda de Tarcisio.

Era la del santo sacerdote Dionisio, que volvía de nuevo á aquella pobre casa, donde había estado poco antes prestando á Claudia los últimos consuelos del moribundo y del cristiano.

Tomó al huérfano de la mano, y viendo su inmensa pena,

—Cálmate, le dijo; yo daré sepultura á tu madre, que ya reposa en el Señor, y pues te hallas sin deudos y sin hogar, ven conmigo y encontrarás padre y asilo en la casa del Señor.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

EL ARTISTA REPOSTERO.

No lejos del suntuoso palacio de la familia de los Faleri, en los estados de Venecia (Posagno), había una pobre cabaña, perteneciente al anciano y laborioso maestro de obras Pasino.

Una noche, fatigado por las duras faenas del día, se acostó en un miserable lecho, y comenzaba á cerrar sus ojos al sueño, cuando oyó que llamaban á la puerta.

Levantóse, abrió, y á pesar de la oscuridad de la noche, notó que la persona que había turbado su sueño era un niño.

—¿Quién eres y qué deseas? preguntó Pasino resregándose los soñolientos ojos.

—Soy Antonio, respondió el niño con timidez.

—¿Antonio?

—Sí, vuestro nieto.

—¿Calle! ¿Con que eres tú? dijo el albañil estrechan-

do entre las suyas la mano del adolescente y procurando leer en su hermoso rostro el motivo de aquella visita nocturna. ¿Pero qué ha sucedido? ¿Por qué has abandonado á tu madre? ¿Está enferma? ¡Ya caigo! habrás hecho alguna de las tuyas y te habrá despedido, ¿no es cierto?

—¡Al contrario, abuelito! Yo soy quien ha tomado la resolución de abandonar mi casa.

—¿Tú? Vamos, ¿y por qué razón? replicó el anciano penetrando en la cabaña y encendiendo luz.

Entonces, y solo entonces, pudo notar que sus ojos estaban llenos de lágrimas, y que llevaba al hombro un lío atado á la punta de un cayado.

—No he podido permanecer más tiempo en casa de mi madre, dijo el niño; otro hombre se ha hecho dueño de ella... ¡Maldito veneciano! Creedme, abuelito, si tuviera diez años más le mataría. ¡Ah! ¿Por qué no tengo más que doce?

—¡Vaya unas cosas que le pasan á este muchacho! dijo el albañil riéndose de la cólera de Antonio. ¿Con que tú, por lo visto, deseas nada menos que mandar en jefe en casa de tu madre?

—Mi madre no tiene más hijo que yo, y muerto mi padre, me corresponde ser el jefe de la casa.

—¡Vaya una casa! interrumpió el anciano; cuatro estacas clavadas en tierra, con paredes de barro y paja. Si al menos poseyeras un palacio como el de los Faleri!

—¡Los Faleri, los Faleri!... dijo el niño moviendo con impaciencia su torneada cabeza. No creo que se necesite formar parte de la familia de los Faleri para tener corazón.

—¡Vaya, vaya! hablemos de otra cosa. ¿Quieres cenar?

—No tengo apetito.

—¿Á pesar de la caminata que has emprendido? En ese caso, cuéntame los detalles de tu escapatoria.

—Ya sabeis que mi madre se ha casado en segundas nupcias con ese odioso Paesillo, lo cual me ha causado un gran disgusto, porque ya nadie la llama la *signora* Cánova... Y sin embargo, creo que es un nombre lindísimo. ¿No es verdad, abuelito?

—Sí, pero continúa.

—Por otra parte, no deja de ser vergonzoso para un hijo tener un apellido diferente al de su madre... Porque habeis de saber que yo continuaré siempre llamándola Cánova.

—Lo que has de hacer es continuar tu historia, y acabarla cuanto antes, porque tengo sueño, interrumpió Pasino volviendo á acostarse.

—Desde que el tal Paesillo puso los piés en mi casa me trataron ni más ni menos que como á un extraño. Cuando nos sentábamos á comer la mejor tajada era para el señor Paesillo. Yo... es natural... me enfadaba algunas veces, echaba á llorar, pero lo peor es que no había un alma bendita que viniera á enjugar mis lágrimas, ni que me dijera: «¿Qué tienes, Antonio? ¿Te has enfadado por tan poco? No seas tonto, ven á comer en paz y en gracia de Dios.» Por el contrario, todos me volvían la espalda, y se alejaban bruscamente diciendo: «Ya se consolará.» Pero yo no he podido aguantar más, y herido por tan cruel indiferencia me he dicho á mi vez: «Tengo un abuelo; el pobre vive solo, ama á los niños, y me dejará hacer mi santísima voluntad.» ¿Qué respondeis á esto?

(Se continuará.)

GRANADA.—IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.